



*Mons. Antonio Staglianò*  
*Vescovo di Noto*

**Parole omiletiche pronunciate da S.E. Mons. Antonio Staglianò, vescovo di Noto, il 22 Aprile nella Messa in Cattedrale riassumendo l'omelia e rivolgendosi a S.A. R. Don Pedro di Borbone, Duca di Noto, e alle persone presenti di lingua spagnola**

Su Alteza real, don Pedro de Borbon

permítanme dirigirme a Usted en un espíritu del hospitalidad y acogida, resumeindo el sermón de hoy en español.

La fe es un camino de vida exigente, siempre expuesta al riesgo de la evasión religiosa y de la esquizofrenia entre práctica creyente y existencia jornalera. Ninguno es inmune de este riesgo. Por eso es importante concentrarse en el anuncio verdadero del santo Evangelio. El Evangelio es Jesús, su Kerigma es el adviento del Reino de Dios. El Reino de Dios es la señoría de su Padre. El contenido del anuncio del Santo Evangelio es: “Dios es amor”, o sea *Dios es Padre, tiene un rostro*, no es una vaga idea de infinito, sino un agente en la vida cotidiana de cada hombre. Como “buen” Padre, ayuda y sostiene la fatiga de cada día para la construcción de una vida feliz sobre esta tierra. Este descubrimiento (=revelación) se expresa en una “adoración nueva”, la cual exige de todos nosotros ser *custodios, guardianes de los hermanos. Entonces debemos* –para ser creyentes a la altura de los desafíos culturales de hoy y del testimonio cristiano que se nos pide, de la santidad a la cual estamos llamados- *ayudarnos a aferrar cómo y cuánto el anuncio de la paternidad de Dios responsabilice la libertad de todo hombre en experiencias verdaderas de amor y solidaridad: “ser adoradores de este Padre significa convertirnos irremediabilmente en guardianes de todos, sentirnos hermanos”*.

Es cierto que la conversión humana se manifiesta en grandes cambios de estilos de vida, comporta verdaderos esfuerzos ascéticos (la metanoia cristiana no es algo superficial, que pueda suceder como por encanto o magia) e impone de alcanzar objetivos o metas nada fáciles.

Todavía esta conversión es imposible si no se cambia en la acogida del nuevo rostro de Dios, si no se madura en el conocimiento de su paternidad, como Jesús la ha comunicado. Esta mística contemplativa de los verdaderos rasgos del rostro del Padre es el fundamento, en la fe, de la verdadera conversión de nuestro corazón y de toda nuestra existencia en la libertad del amor y del don de nosotros mismos a los otros.

Dios “*es*”... amor. No dice: “Dios *se vuelve* amor en la historia, considerando el estado de necesidad en el que se encuentra el hombre e Israel”. En la Pascua se muestra el ser del amor de Dios que existe antes y primero de toda condición humana de miseria. Si Dios actúa, entonces Él es el amor entre los hombres = *es sí mismo* en la historia. Dios es y no se vuelve amor. Por eso también los cristianos “son el amor de Dios derramado en sus corazones” y manifiestan su realidad amando. Se está tratando aquí de la objetividad del amor cristiano, que tiene una forma precisa (la del crucificado) y no está sujeto a “privadas interpretaciones”, aunque viva de una grande creatividad en la personalización de cada uno de nosotros: se piense a cómo los Santos sean “santos” por el mismo motivo, por la misma experiencia cristiana, pero cada uno en modo diverso, en modo “propio”, según la propia identidad personal.

Obedecer al “*nuevo*” *mandamiento* de Jesús es tarea de toda la vida del cristiano y de la Iglesia. La garantía de lograrlo no se encuentra tanto en las humanas fuerzas, las cuales no obstante deben ser empleadas con creatividad y diligencia, *sino sólo y exclusivamente en la fe en el amor de Dios, en el Dios ágape*, el cual siendo amor en persona (el Espíritu Santo) habita en la vida del creyente y guía la historia de la Iglesia y de la entera humanidad.

*El cristianismo, entonces, trae consigo un grande reto cultural para el mundo: ningún gesto de amor que no lleve en sí los rastros visibles del amor del Crucificado tiene la dignidad del verdadero amor, del amor que humaniza el humano, del amor que hace feliz y da pleno cumplimiento al gozo, al cual todos aspiramos (creyentes y no creyentes) en cuanto hombres.*

+ Andrew Steplars